



EL ALMA DE GARIBAY

Glorioso mártir San Lorenzo!

Al conmemorar con santo gozo tu aniversario en el día de hoy, te suplicamos humildemente aceptes los pobres obsequios que desde el fondo de nuestros corazones te consagramos; caldéanos con el fuego de la caridad que ardía en tu noble é hidalgo pecho para más amar á nuestro Dios, y así como tú hiciste gala de la justicia y valor que en el mismo atesorabas, á despecho del tirano, pidas al Señor nos conceda la gracia de confesarle públicamente, sin temor alguno, ante los tiranos de la Roma moderna.

La Redacción.

A nuestro Patrono San Lorenzo

El príncipe de los mártires le llama su apologista del siglo xviii. Elogio el más grande que puede hacerse de nuestro inmortal levita; pero también el más justo si se atiende á las circunstancias que concurren mientras tuvo á su cargo la administración de los bienes eclesiásticos como las que se presentaron á raíz del martirio cruelísimo á que con ferocidad de tigre le sometiera el más inicuo de los perseguidores de la Iglesia de Cristo.

No hay para qué hablar de la nacionalidad del invicto mártir, pues harto explícitamente lo manifestó éste cuando al ser preguntado por el tribunal sobre este extremo, dijo: «*Quantum ad genus, hispanus sum; eruditus et nutritus Romæ*». Y en cuanto al pueblo en que por vez primera viera la luz, testimonios fidelísimos hay y razones irrefutables de todo género que permiten afirmar que en Huesca y sólo en Huesca tuvo su cuna, á pesar de cuanto en contrario expusieron sin fundamento, eso sí, valentinos y cordobeses.

El mártir de la parrilla, por tanto, nos pertenece á los oscenses.

Quisiéramos en el presente aniversario hacer cumplido elogio de este príncipe de los mártires, hermano nuestro por la sangre y por la fe; pero el reducido espacio en que nos movemos nos lo impide, bien á pesar nuestro. No obstante, diremos cuatro palabras sintetizando en ellas algo de lo mucho que pudiera narrarse de su santa vida con relación á las virtudes teologales, de que fué, por la gracia de Dios, celoso cultivador.

Su fe arraigada y robustecida con la educación religiosa que de sus piadosos padres recibiera en los albores de la niñez; la consideración de aquellas palabras del Deut.º: «*Non in solo pane vivit homo*», etc., y otros motivos que mueven á abrazarse con vida más perfecta, hicieron que Lorenzo dejase su familia y su país para consagrarse más de lleno, libre de los vínculos de la sangre, al servicio de su Dios.

Los progresos que en su nueva vida hiciera, guiado por esta virtud fundamental, compendiados están en la valiente y enérgica contestación que dió al tirano al ser preguntado por éste acerca de los bienes de la Iglesia que él guardaba. «Los bienes de la Iglesia, contestó, que pides con tanto empeño, pasaron por las manos de los pobres á los tesoros del cielo». La entereza de nuestro paisano en aquellos momentos solemnes nos llena de confusión á cuantos nos avergonzamos ¡cobardes! de confesar públicamente á Cristo en nuestros días.

Prueba también de su fe son estas palabras dirigidas por nuestro Santo al Papa Sixto á la sazón en que éste caminaba hacia el martirio: «Padre Santo, no me dejes, porque los tesoros que me entregaste ya están distribuidos». Que es como si dijera: Por esto ya puedes estar tranquilo; pero yo que también he arreglado la cuenta ¿por qué no voy con vos al suplicio?

La esperanza de Lorenzo tiene idéntica confirmación con lo escrito por San Agustín: «San Esteban era apedreado, y oraba; San Lorenzo era abrasado, y ponía cara risueña». Es que veía en lontananza una vida dichosa sin fin.

El fuego de la caridad que devoraba su alma tiene su explicación en lo que sobre el particular escribe Pedro Crisólogo: «Cuando seguía (Lorenzo) al Obispo que iba al martirio, estaba triste, no por lo que éste padecía sino porque se separaba de él en el mundo».

Para formarse idea aproximada de los méritos de nuestro preclaro mártir y de su gran valimiento en el cielo para con sus devotos, baste considerar el lugar preeminente que la Iglesia le asigna en el catálogo de los Santos; la distinción que la misma hace en las Letanías mayores, pues lo invoca con su nombre; el ser su culto universal, tanto, que en Roma tiene una basílica, á él consagrada; es titular y patrono de sinnúmero de parroquias, templos y ermitas que hay esparcidas por todo el orbe católico. Su nombre lleva el magnífico y monumental edificio del Escorial, tenido por la octava maravilla del mundo. Su influjo para los oscenses en las calamidades públicas es decisivo, si se le pide con verdadera necesidad y las debidas disposiciones.

En San Lorenzo tenemos un modelo que imitar bajo todos los respectos. A un mártir como él no hay que pedirle las credenciales. A un administrador como San Lorenzo se le aprueban las cuentas sin examen ni comprobación, porque se sabe de antemano que no hay filtraciones ni despilfarros.

Mártir nuestro, Santo nuestro, Patrono nuestro, haz que todos tus paisanos y devotos, imitándote en las virtudes, nos hagamos dignos, ayudados por tu protección, de las bendiciones del cielo.

Camo se enfurruña, y esta vez con razón

Veán ustedes lo que le pasa, según leemos en uno de los números de su *Diario* del mes anterior bajo el título de *Los difamadores*.

«¿Quiénes son?

Buscados en Zaragoza ó en Huesca son los mismos. Si se quiere encontrar gentecilla ruín, almas-cuevas, ¿almas-cuevas? ¿con qué se come eso? (comentario de EL ALMA DE GARIBAY), taifa soez desaprensiva escandalosa en público y en privado, hay que ahondar con el gancho traperil en el montón de basura; y de allí saldrán hom-

bres pingajosos, titirimundis despreciables embadurnados de hipocresía que asaetean sin temor á nada porque huyen el cuerpo lo que está sobre ellos y por encima de ellos á muchos codos de dignidad y consideración».

«Huesca también señala con el dedo á otros difamadores libelistas, y los señalará de mejor modo cuando, agotada la prudencia, publique-mos sus nombres para escarnio propio y vergüenza de quienes pudieron poner cortapisa á semejantes desafueros.

Hay que acabar con los desvergonzados y aquí la cuestión es sencillísima».

Terribles deben ser esos difamadores que nosotros desconocemos cuando el pobre Camo nos da el lastimoso espectáculo de defenderse de ellos empuñando el gancho del traperero, puesto en el duro trance de andar en busca de nuevos continentes, y obligado á acudir al poco airoso recurso de las amenazas barateras, achaque en él ya tan viejo y desacreditado.

Igualmente terribles serán las difamaciones á que Camo debe referirse, y que nosotros también desconocemos. Pero no hay que exagerar la nota, las cosas en su punto, *la cuestión es sencillísima*. ¿En qué consiste la culpa, y hasta dónde llega la responsabilidad que en el orden político, social y religioso se le atribuye? De esto y nada más que de esto se trata.

Nadie ignora que uno de los frutos más inmorales, ruines é intolerables de la política moderna, ó al uso, que estamos padeciendo es el caciquismo; por lo que todo cacique resulta una verdadera calamidad pública, con la circunstancia agravante, singular y especialísima de que no sólo se atrae la justa animadversión de los buenos ciudadanos, sino también la injusta de sus propios cómplices, encubridores y participantes *in preda*. Lo cual es una prueba de que nunca muere por completo la sensibilidad de la conciencia en las multitudes. ¿A dónde iríamos á parar si esto no sucediese? De aquí que no le quede á Camo, bajo este concepto, otro escape que el de corregirse ó aguantar la mecha.

Por otra parte, ya no sabemos cuántos años hace, pero son muchos, que está oficiando de anticlerical entre nosotros, diariamente y nada menos que con el arma terrible de la prensa, algunas veces cooperando en la obra nefanda con los más fieros de su laya, y siempre laborando con los más antipáticos, con los fariseos. ¿Habrá quien pueda extrañarse de que á los fieles cristianos nos esté vedado mirarlo sin hacerle la cruz?

He aquí, pues, clara, breve y sencillamente puesta en su punto la clase de oposición que hacemos á Camo en su calidad de cacique y anticlerical. Nuestra obra es justa, buena y santa, como inspirada en el más noble y alto sentido de Religión y patriotismo. Ya que por la calamidad y decadencia de los tristes tiempos que alcanzamos, no podemos con votos, que es lo más decisivo, con nuestros humildes pero francos y fervorosos escritos, procuramos desinfectar la caliginosa y asfixiante atmósfera tan degradante para el honor y tan funesta para los intereses oscenses en que él ha logrado envolvernos.

Con estos antecedentes cualquiera comprende que Camo está muy lejos de ser acreedor á respetos y consideraciones muy delicados y extraordinarios que nosotros en conciencia somos los primeros en negarle; mas de esto á que lo echen en la gusanera en que, según él dice, le han echado sus difamadores libelistas, hay una dis-

tancia inmensa. Siendo esto así, razón tiene que le sobra para enfurruñarse y enfurecerse, y nosotros mismos protestamos contra tan criminal abuso. En prueba de ello, como quiera que en el mundo todo tiene remedio, nos ha ocurrido proponer el siguiente que nos parece muy expedito.

Pásenos una lista de las injurias, calumnias y tratos indignos de que sus difamadores lo hayan hecho víctima, y por nuestra parte, solemnemente y ante testigos, nos comprometemos á emplear en pro de Camo todas y las mismas energías que gastamos en combatir aquellos hechos suyos que caen bajo la férula de la legítima censura pública.

La cuestión es sencillísima.

DE MI CARTERA

EL VERANEO

Cogí mi sombrero de alas de mosca, empuñé el *rotén* y con un cigarrillo encendido de o'30 el paquete con que nos envenena la poderosa Compañía Arrendataria, lanceme á la calle, huyendo del asfixiante calor con que en mi reducida y modesta habitación de cuarto piso, con entresuelo, me achicharraba.

No había que pensar para distraerme ni en chupar caramelos en las tertulias y *piñas* del Congreso. Los padres de la patria habían volado; los pájaros abandonaron el nido. Pero yo no sé si por maquinal impulso y larga costumbre, ó por el tufillo que todavía llegaba á mis narices de la última *pelaza* parlamentaria, lo cierto es, que sea por lo que fuere, halleme, sin darme cuenta, en el mismo *Salón de Sesiones*.

Como D. Quijote en su descomunal batalla con los cueros de vino que tomó en su locura andantesca por malandrines, follones y gigantes, así también parecióme asistir á la última y nunca bien ponderada batalla parlamentaria. Yo escuchaba con leve sonrisa de pequeño filósofo las terribles catilinarias del fresco Soriano y contemplaba á mi compañero *Azorín*, sentado en el rojo escaño, cómo empuñaba los *trastos* de cronista. Ver esto y comprender que aquello vaticinaba *hute* y que era necesario tener preparadas las cuartillas y dispuesto el *rotén*, fué cosa de un segundo, lapso imperceptible de tiempo que medió entre mi voz interior de *alerta* y el relampaguear de miradas furiosas y fosforescentes, el relucir en el espacio los bruñidos bastones, el mascarullar frases entrecortadas, recogidas en el arroyo, de un subido color naturalista, el formarse una muralla de carne humana alrededor de Lacierva, el diputado por Mula, el... la... lo...

Señores, un verdadero campo de Agramante: Soriano echado fuera y sacado por los ujieres, Lacierva descolorido y tembloroso, Romeo abogando tímidamente por el radical valenciano, autor de aquella memorable tremolina, Burell lanzando un capote para salvar al *mono* del Parlamento de las iras de la mayoría, unos pegando y golpeando los pupitres, otros gritando como energúmenos, Bugallal esforzándose por arrojar fuera del hemiciclo la famosa manzana de la discordia, que en mal hora arrojaron aquel día entre las diversas huestes, los sátiros é histriones que quieren extender sobre la historia de nuestras Cámaras el manto del ridículo, los estáticos de nuestros grandes personajes pidiendo cendales para taparse y no ver aquellas vergonzosas escenas más propias de monipodio y casos de *tócame Roque* que del Parlamento español y el cronista, autor de estas cuartillas, al despertar

de su sueño parlamentario que le reprodujo el paso trágico-cómico de la última *sesión*, sólo y errante por las desiertas soledades del Congreso.

Entonces se acordó de los rayos caniculares y de las imperiosas vacaciones de verano y maldijo de Moret y Canalejas y de *tuti cuanti* impidieron con sus intemperancias los deseos y propósitos del mallorquín famoso. ¡El veraneo! ¡Las playas del Cantábrico! ¡La desbandada de los diputados! ¡El corretear de los ministros! ¡Qué ideas y recuerdos para un filósofo pequeño que tiene que aguantar en Madrid las terribles caricias de Febo llevan en su memoria las anteriores exclamaciones!

¿Cuándo volverán las obscuras golondrinas á ocupar sus antiguos nidos? Si mi voto valiera jamás se cerraría el *cinematógrafo nacional*, aunque se asaran los pájaros, porque á mayor calor más derroche de pasillos, loas, entremeses y sainetes parlamentarios que hacen más divertida la vida tristona de los que pagamos la comedia.

SOCRATILLO.

Diálogo entre 'dos jóvenes oscenses

El jueves 6 del que *anda*, día de moda que nuestra quieta y pacífica ciudad, llegué instintivamente, sin darme cuenta, á la plaza de... Zaragoza, no por oír la música precisamente, sino más bien por dar unos pasos y contemplar la animación que presta el concurso de jóvenes de ambos sexos, citados allí, por ser el sitio más á propósito para sus honestos coloquios y lícitas expansiones; cuando á un extremo del jardín ví sentados sobre un banco dos fornidos mozos que, por su indumentaria, parecían ser dos mestizos, no en el sentido en que hoy suele tomarse esta palabra, sino porque pertenecían á la clase de *agri-horticultores*, como si dijera, de los que lo mismo *pican* en duro que en blando. Estos amables jóvenes trataban en su animada conversación de las próximas fiestas de San Lorenzo, empleando, de tiempo en tiempo, ademanes bruscos y voces sobre el pentagrama que llamaron mi atención, lo cual fué causa suficiente para que, escarbajeando mi curiosidad, me acercara á ellos cautelosamente para oírles sin ser de ellos visto. Y les tomé al vuelo el diálogo que con toda fidelidad voy á transmitir.

Sus nombres eran los mismos que llevaban los preclaros hijos de la antigua Osca y mártires invictos de la Iglesia: LORENZO y VICENTE.

Comienzo por las primeras palabras que oí de labios de

LORENZO.—*Dende que prencipiamos* á hablar de las fiestas tengo una alegría por *tol* cuerpo, tan grande y tan seguida, que *trebajo* como una *maquina*; y aún no *cojo* el sueño, que ya se me representan todos los números del *pograma* como si los estuviera viendo. Llevo todas las *fainas alantadas* dos ú tres días *pa* que no me vengan en casa quitando *cuartos* de fiestas con pretexto de que si hace aire... si llega el agua... Porque has de saber, Vicente, que yo quiero las fiestas completas, no á medias, ¿*Pa* qué *trebajamos tol* año llevando una vida *aperriada*, si cuando vienen las fiestas no las *desfrutamos*? Santo y *güeno* que á los que pasan los días *haciendo el vago ú trebajando poco* no los dején *susegar* en esos días; pero á *nusotros* que *remamos costantemente*, por fuerza nos tienen que dar *toda la sogá pa* correr á *nuestras anchas* los únicos días con que Dios, el Patrono y el Alcalde nos brindan cada año por este tiempo.

VICENTE.—Y *amás* que tienes razón. Pero *mocurre* una cosa, Lorenzo, y es que *paice* que tiramos más por las fiestas profanas, los toros *verbo en gracia*, que por las religiosas, y eso, *pa* mi, es *faltale* al Santo. ¿No *tas fijau* lo *solico* que lo dejan cuando recorre las calles de la *ciudad*? Fuera el clero, con su Prelado á la cabeza y una *ensinificante* comisión del Ayuntamiento, no van *cuatro gatos*. Semejante proceder será como quieran *llamale*, pero *dende luego* digo yo que no es religioso, ni *cerico*, ni popular, ni *na*.

L.—Dices la pura *verdá*, Vicente. A todo se podría llegar *con sobras*, si hubiese *güena voluntad*, si hubiera agradecimiento. La mañana del día 10, por lo menos, debíamos *empleata* en honrar al Santo *indo* en la procesión y estando en la fiesta *prencipal*. ¿No nos queda el tiempo restante *pa* todo lo demás?

V.—Así *semos* los hombres: damos la cara cuando vamos á *pidir*, y volvemos la espalda cuando se trata de pagar.

L.—Pues no merece ese *disprecio* el Patrono, que *güén recau* de veces nos ha favorecido en los trances calamitosos en que solemos *encontranos* casi año *pardotro*...

V.—¿*Amos á juramentanos pa* mientras vamos en Huesca *pa* no faltar á los *autos* religiosos q' *himos* dicho?

L.—Sí; pero no me contento con tan poco; *himos* de hacer *popaganda pa* que lo hagan *tamién* otros.

V.—La cosa es empezar, que *dimpués* todo saldrá como la seda.

L.—¿Lo acordamos así?

V.—Con sangre lo firmaría, si no fuera mi palabra una escritura.

L.—Conformes, y el lunes lo pondremos en *prática*, si Dios quiere.

V.—Sin *olvidamos* de la *popaganda* ¿eh?

L.—El domingo pienso *comenzala* en el *Cerculo* de obreros ¡Vaya si la comenzaré!

V.—Piensas ir á los toros?

L.—Ociosa es la pregunta. Ya sabes, porquete lo tengo dicho, que asistiré á todos los *espetáculos*, si causa mayor no me lo estorba, que *pa* eso se me ha *dado toda la sogá*, y sería un majadero si no aprovechara la licencia que con ese *oje-to* me ha sido concedida, salvo el caso que hubiera alguno tan inmoral, lo que no es de *presumir*, que por decencia no me fuera *licito* presenciar.

V.—En esa *conduta* me pienso *ispírar* yo; así es que en ellos nos encontraremos y... ¡Viva San Lorenzo!

L.—¡¡¡Viva!!!

V.—Oye, Lorenzo. ¿No te *paice* que nos vayamos á casa pasando por la fuente del Angel, donde podemos beber á nuestro sabor un trago de agua fresca, y dar por terminada esta velada?

L.—Estoy á lo que dispongas.

Y.—Ea, marchemos...

Y se quedó tan fresco oyendo l' *última sinfonia* de la música local.

EL OTRO.

Sección de noticias... comentadas

El Diario de Camo decía en su número del 27 de Julio último:

«El obispo de la diócesis ruega á los párrocos que aporten datos históricos acerca de las ermitas donde se rinda culto á la Virgen, debiendo dirigir los trabajos al presbítero D. Guillermo Legaz, delegado diocesano del Congreso Internacional Mariano que ha de celebrarse en Zaragoza en Septiembre próximo».

Y añade á continuación:

«¡Pero qué afán el del paje Legaz por acapararlo todo!»

Y agregamos nosotros:

No le falta razón á este periódico, digo, á este boticario, porque la verdad es que no se conforma el mencionado paje con dirigir asociaciones, asistir á coro, cumplir los deberes de su cargo cerca del Prelado, estarse las horas muertas en el confesonario, esperando penitentes, predicar, explicar en cátedra y otras menudencias que sería prolijo enumerar, si es que además, (y esto es el colmo de la *acaparación* ó *acaparadura* ó *acaparamiento* ó como se diga) se ha propuesto, al parecer, acaparar las narices de su señoría según lo montado que lo lleva en ellas y... francamente, comprendemos que esto no puede ni debe sufrirlo su señoría; pues si además de los lentes han de aguantar sus fosas nasales el montaje ó la *montadura* á horcajadas de un ser humano, no hay otro que lo pueda tolerar.

Nosotros estamos siendo testigos de su *aguan-te* hace muchos años y confesamos que es un desdoro para su señoría no poder sacudirse de una vez tan enojosa carga. Bien se nos alcanza que no es potestativo en un senador vitalicio, por muy empingorrotado que se encuentre, hacer desmontar á un jinete que domina á su cabalgadura; pero puede consultar á los agoreros ó adivinos y tal vez encuentre medio de desembarzarse del *bulto*.

¡*Cudiau* si le da *qíacer* á nuestro cacique el compañero de sus lentes! ¿Será porque no puede sonarse? Ya podía suceder, porque hasta la aparición en Huesca de lo que para su señoría constituye el *coco* no había dado jamás señales de impaciencia, dando á entender con esto que de haberle dejado merodear libremente por los pastos de nuestra provincia habría resultado para él todo el monte *orégano*.

Por lo demás, prepárese el señor Obispo á pagar el anuncio porque el periódico de la botica no creemos que anuncie gratis, y si lo hiciera nada más que por el *gustico* de mortificar á personas que pueden mirarle desde un quinto piso, le diremos que por mucho que éstas acaparen, no cargarán con plazas de Zaragoza como ha cargado su amo á despecho de las generaciones venideras que exclamarán atónitas al contemplar el rótulo actual: ¿Pero quién era este tío?

El mismo *Diario*, á que arriba nos referimos, demanda con gran urgencia, dos días después, un *culero*; y si quieren ustedes convencerse no tienen más que leer el articulito que titula: PELIGROS QUE HAY QUE CONJURAR, donde verán cómo el asustadizo colega encuentra partidarios de don Carlos en la escalera, en el rellano, en el gabinete, en la cocina, en el despacho, en el patio, en el granero, en la bodega y hasta en los garbanzos, exclamando compungido: «Los actos celebrados por los carlistas para solemnizar el santo de D. Jaime acusan el renacimiento del carlismo, etc.

Bien, D. Manuel, bien; el artículo de referencia acusa en su señoría un pánico indescriptible y ya nos parece estar viendo las *natillas* que va depositando en el receptáculo de lienzo adaptado á sus nalgas. Procure que la indumentaria sea doble; es decir, que haya pieza de repuesto para lavar.